

—Ya es menester que te sostengas. El escándalo es mucho.

—Hazlo tú por mí, le respondió Welster, porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derechas.

El oficial Labín, que acababa de dar el consejo, luego que se halló comisionado por su amigo, se embarazó, y no se atrevía á hablar una palabra; pero el cura lo sacó del cuidado. Se acercó á la silla del preste, y le dijo:

—Me consta que esta profesión, en caso de ser, será violenta; sírvase usted hacer que se suspenda, mientras vamos á dar parte del caso á su ilustrísima. Acuérdele á la abadesa la excomuni6n del Concilio, por si quisiere hacer una violencia.

Dicho esto, llamó á Labín y á Welster, y entrando en un coche, partieron al palacio arzobispal.

En un momento llegaron é informaron al señor Arzobispo, quien mandó que fuera el secretario, que llamase á la novicia á un confesonario para que libremente le dijese si era su gusto profesar ó no, y que en caso de que no quisiera, inmediatamente notificara á la abadesa en su nombre que le diese su ropa de secular y se la entregara; lo cual verificado, pasara aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendría en clase de depositada, hasta que el señor Virrey determinase si podía ó no casarse.

Entretanto que esto pasaba en Palacio, volvió en sí

Carlota, y creyéndose ligada con los votos y desunida para siempre de su amante, prorrumpió en tan amargo llanto y en tan lastimosas exclamaciones, que enterneció á todos los circunstantes. Sólo su padre estaba inflexible, y como le dijeran que habían ido á consultar al Arzobispo, temía se le frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesión de su hija; pero el sacerdote que presidía aquel acto lo embarazó cuanto pudo hasta que volvieron Labín, el cura, Welster y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practicó este último las órdenes del prelado; y habiendo Carlota protestado la fuerza con que iba á profesar, porque su intención era ser esposa de Welster, notificó á la abadesa se la entregara, so pena de excomuniación mayor reservada al Arzobispo. La abadesa obedeció al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular y después la bajaron á la portería, donde la esperaba Welster y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vió libre de las monjas, corrió hacia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada! Don Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera querido matar á su hija y á Welster

cuando los vió abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podía usar de su mano contra ella, usaba de la lengua, llenándola de los oprobios y confundiéndola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo y de haberse escapado de ser monja; bien que el secretario y los demás señores hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así todas las gentes que habían presenciado este raro suceso y se habían informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota.

—¡Pobrecita! decían; ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! ¡Maldito sea el viejo codicioso de su padre!

Ya se sabe cuánta es la desvergüenza de un pueblo conmovido. Estas palabras no las decían en voz baja, sino muy recio para que las oyera don Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos fueron desfilando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo:—¡Ya no es monja, maldito sea su padre!— El cochero y el paje, temiendo

que las gentes rabiosas no hicieran con él alguna tropelía, y conociendo al mismo tiempo que no tenía el juicio en su lugar, cargaron con él y lo metieron en el coche, acompañándolo el paje para que fuera más seguro. De esta suerte lo condujeron á su casa.

Entretanto, el secretario y sus compañeros entregaron la noble depositada al conde y á su esposa, con recomendación del Arzobispo, y estos señores la recibieron con las más sinceras demostraciones de cariño y de ternura, luego que supieron sus desgracias, asegurando á Welster que descansara en su cuidado, pues ellos, no sólo se dedicarían á complacerla, sino que se valdrían de la estimación que merecían al Virrey para que, informado de la ninguna justicia que tenía don Tadeo, le dispensara la edad y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welster y los demás señores de los condes, y suplicando al secretario que los acompañase, fueron á palacio en la misma hora é informaron á su excelencia de lo acaecido. El Virrey dijo á Welster que pusiera su pretensión por escrito, y que resultando cierto cuanto exponía, podría esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados, y dejaron al señor secretario en el arzobispado, después de haber dado las debidas gracias á su ilustrísima. Luego el señor Labín llevó á Welster á su mesón, y él con el

cura fué á casa de don Tadeo para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenaz resistencia que oponía para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de don Tadeo, porque la gente plebeya se había agolpado allí y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era que don Tadeo les estaba arrojando por el balcón los dulces, bizcochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labín y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la más ridícula figura, porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque había tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulce, empapado en vino; pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: — ¡Ya no es monja, maldito sea su padre!

El señor Labín y el cura se compadecieron del miserable viejo, procurando consolarlo y hacerlo sosegar; pero todo era en vano. Por momentos se ponía más furioso.

A este tiempo entró su hija Adelaida, y apenas la vió cuando, creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia más infernal, le dijo: — ¡No hay herencia, maldita, no la esperes! — Diciendo esto le tiró un frasco de cristal con tanta fuerza y tal tino que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelaida bañada en sangre